

* *Documento de reflexión,
no derivado de investigación*

Escritura: el acontecer de las palabras¹

Writing: the occurrence of words

Jonathan Alexander España Eraso²

Resumen

Este texto refiere un cuerpo a cuerpo en el lugar de la página. En éste, el pensar y el escribir son el lugar de la palabra, el ser del escrito, que deviene lo otro, que es lo incesante del interrogante que escapa.

Palabras clave: acontecer, cuerpo, escritura, página, palabras, pensamiento.

Abstract

This text refer a melee in the place of the page. In this text, thinking and writing are the place of the word, the being of the writing, which becomes the other that is the question incessant that escapes.

Keywords: body, happening, page, thought, words, writing.

-
1. **Fecha de recepción:** junio 05 - 2017. **Fecha de revisión:** junio 20 - 2017. **Fecha de aceptación:** julio 15 - 2017.
 2. Pasto, Nariño, Colombia; 1984. Licenciado en Filosofía y Letras. Especialista en Estudios Latinoamericanos. Ha publicado diversos textos en revistas nacionales e internacionales. Co-fundador y co-editor de la Revista Cultural Avatares, editada en Pasto, Nariño. Dirigió el suplemento cultural "La Conjura de los Necios". Contacto: THOMASBERNHARD1@hotmail.com



Quien escribe está frente a la página por varias veces. Dimensiona un lugar de creación para *tocar* el blanco de la página y sentir el humus de las palabras. Así se proyecta un cuerpo a cuerpo, o un cuerpo en el cuerpo, un intercambio corporal en el lugar de la página. Pensar ese lugar significa *nombrarlo* en el pliegue de lo que llega, en el casi-nada inicial de lo que se escribe.

En esa medida, pensar y escribir se demandan mutuamente, se implican, se cruzan incluso (en el infinito, es cierto). Pensar y escribir. Escribir con la palabra, con el trazo de la palabra y con el trazo del trazarse del cuerpo. El desamparo delante de la página en blanco denuncia una imposibilidad de darse al cuerpo, de orientarse en los caminos que alberga. El cuerpo es lo que abre espacio entre el pensar y el escribir. Pero no se puede equivocarse al concebir el pensamiento como una especie de propedéutica del conocimiento. El pensamiento es lo corporal, aquello que engarza toda relación entre mundo y palabra.

Así, entre el pensar y el escribir, entre el concepto y la palabra, aparece el ser del escrito. Ahora bien, para hacerse a su experiencia, el escritor debe exponerse en el corazón de lo abierto, albergarse en él, recorrer los caminos de búsqueda que demanda el teclear en el blanco de la página, para restituirles un peso a las palabras y que pudiera tocar su *sentido* en la tierra de la escritura. Cuerpo de palabras que al estar *aquí* se figura intocable y sutil. Sin embargo, el lugar de su presencia produce un efecto de repliegue sobre el tejido textual, en el que las mismas palabras golpean el soporte, lo labran, fragmentan el mundo que las recibe y, a la vez, espacian las diferencias, abren una posibilidad de relación, para instaurar un espacio en el que son la noche desplegada.

Por eso es que lo escrito se da y retira en el acontecer mismo de lo que se escribe. Aunque entre una y otra palabra, y aún otra posibilidad, no llega la única posibilidad de la escritura: la palabra insostenible. Entre un intento y otro, el tiempo de la escritura (e incluso el de la lectura) impone una borradura, frontera sin lugar y sin propiedad. En esa borradura, palabra a palabra, algo se inaugura, algo comienza, en el sentido de una donación, de un trayecto que se marca como entre nubes y luciérnagas.

Vale afirmar que la trayectoria de lo escrito juega la suerte misma de lo que no tiene propiamente un en sí, que se inscribe fuera de los márgenes de la página. Al cuerpo de lo escrito lo gobierna la intensidad de cada latido. Y en la retirada de ese cuerpo, en el espacio que dimensiona, en los márgenes de la página dejados libres por su retirada, hay un desbordamiento que demanda otra entrada, una re-vuelta de la palabra que expone una palabra más en lo incesante del interrogante que escapa.

Después, lo que queda es el carácter doble de las palabras, que comparte el doblez de la huella de sentido, que siempre es de otro y siempre remite a otro cuerpo, para que tomase su lugar en lo que se escribe. Un lugar que no es propiamente un lugar y que no pertenece a nadie. Un lugar que se dona a las diferencias, una posibilidad para la creación.

Y se lo debe dejar en claro una vez más: las palabras que golpean y crean no son algo derivado. Son el hecho, siempre singular, que inaugura otra instancia de paso, en la fracción de lo escrito que se sustrae al escritor. Darle sentido a esto será una posibilidad en el cruce, en los intersticios de la página, donde se inyecta y entromete al otro, quien ve, incesantemente, un universo que dura un instante.